Un ángel llamado Kiri

Giovanna Rita Di Maria · 30 de noviembre de 1989 - 24 de octubre de 2002

Edición digital · traducción al español del folleto italiano de 2004

Esta es una traducción del folleto «Un angelo chiamato Kiri», impreso en Sassari el 24 de octubre de 2004, editado por Paolo Sanna con la colaboración de monseñor Antonio Loriga. La numeración de páginas sigue el volumen original. En esta edición de texto no se reproducen las fotografías; las páginas escaneadas del original italiano siguen disponibles en este sitio.

Índice

Introducción .....
5
Kiri para siempre .....
7
Entre sus pensamientos .....
17
Destellos de una madre .....
21
Otros la recuerdan .....
25
Agradecimientos .....
29

Introducción

«Dos cosas bellas tiene el mundo: amor y muerte». Lo escribió Giacomo Leopardi y, si así están las cosas, este libro es un auténtico himno a la belleza. Nace, en efecto, de la repentina y desgarradora muerte de una muchacha espléndida, Giovanna «Kiri» Di Maria, pero también, si no sobre todo, del amor que ella sembró a manos llenas en su breve existencia. Se puede decir, es más, que esta publicación es el enésimo y maravilloso fruto de su inolvidable e inolvidada aventura terrenal.

No hay de qué asombrarse, y menos aún cuando se ha tenido la gran fortuna (como les ocurrió a muchos) de conocer a «Kiri»: la alegría, la belleza, la simpatía, la inteligencia y la virtud personificadas, puestas siempre al servicio de un amor sin fronteras. «El amor es fuerte como la muerte» puede leerse en el Cantar de los Cantares. Así se entiende por qué permanece y parece destinado a durar en el tiempo el recuerdo y, con él, el luminoso ejemplo de una muchacha adorable y adorada como Giovanna.

Si además se piensa que, como sostenía Sófocles, «el amor nos libera de todo el peso y el dolor de la vida», es evidente que donde (como en nuestro caso) hay un amor verdadero, abundante y recíproco, incluso la muerte, por dolorosa e irreversible que sea, acaba pasando a un segundo plano, dejando amplios espacios, auténticas praderas, en los que seguir ejerciendo y cultivando buenos y positivos sentimientos. Lo demuestra, sin duda alguna, la historia verdaderamente ejemplar de «Kiri», aquí representada en su esencia.

Cierto, no es fácil, y a menudo incluso resulta imposible, resignarse ante la muerte, sobre todo cuando esta golpea a los afectos más queridos y, tal vez (como fue el caso de Giovanna Di Maria), de forma prematura,

fulminante e imprevisible. Hay que poder contar con una gran Fe y/o con la fuerza de un Amor verdadero e indudable. «Kiri», su familia y sus muchísimos amigos recibieron el don de ambas. Y este libro, incluso cuando el puntual recuerdo se vuelve desgarrador, es un elocuente «reflejo» de ello.

P. S.

Kiri para siempre

Quién sabe cuántos, al pasar por el centro comercial de Marina di Platamona, entre Sorso y Sassari, se habrán preguntado por el significado y el origen del nombre dado a un acogedor bar de la plaza. Y, si fueron lo bastante curiosos y tenaces, seguro que no encontraron la explicación de Kiri, pues ese es el nombre del que se habla, ni en los diccionarios ni recurriendo a libros de cualquier clase. Sencillamente la obtuvieron, la respuesta a esa pregunta, de quienes en aquel lugar o en otros cruzaron su camino con el de Kiri, una extraordinaria figura de niña y de adolescente, tan bella como inteligente y vivaz. Pero de vida más bien breve, vivida además con una calidad e intensidad de intenciones y de acciones verdaderamente especiales.

Giovanna Rita Di Maria en el registro civil, Kiri se asomó a la vida a las 23.05 del 30 de noviembre de 1989, día de San Andrés, en Alguer. Pero en la ciudad catalana nació solo por casualidad, porque vivió siempre en Sassari, ciudad de origen de su familia. Segunda hija de Giovanni, médico por auténtica vocación, y de Ornella Loriga, ama de casa por convencida elección de vida, Kiri creció en un ambiente familiar hecho de sanos principios e impregnado de una fe grande e indudable; pudiendo contar, además, con el amor sin límites, aparte del de sus padres y de su hermano Ettore, de un amplio parentesco paterno y materno. Para ellos y para los amigos, que también la adoraban por su manera de ser y por sus virtudes poco comunes, Kiri era a la vez también Giovanna, Giovi o, más sencillamente, Giò.

Grande fue también el amor que Kiri llegó a cultivar por los animales; en particular por los caballos, una tortuguita y un perrito llamado Lucy. «He querido llamar a mi perro Lucy», puede leerse en un trabajo escolar suyo, «por el simple hecho de que de mayor quiero ser arqueóloga y Lucy era un esqueleto, es más, el primer esqueleto de una mujer». Ser

arqueóloga: el gran sueño de Kiri, quizá su primera pasión, nunca abandonada, una auténtica vocación expresada y reiterada muchas veces con el tiempo. Pero no la única; hay, bien mirado, ni siquiera la más fuerte y la más profunda. «Odio el smog, el polvo y no me gusta la ciudad. Me gustaría ir a vivir al campo: siempre ha sido mi sueño», escribió también Kiri, «pero al mismo tiempo no me gusta la soledad, quiero estar siempre en compañía». Recuerda, además, su madre: «Percibió y vivió con particular intensidad problemas y sentimientos como la caridad, la justicia, un irrefrenable impulso hacia el ejercicio práctico del voluntariado, una marcada sensibilidad y atención hacia los ancianos, los niños, los humildes, los indefensos y los más necesitados en general. Y, por encima de todo, un amor inmenso al prójimo y una fe granítica en Dios». «La oración preferida de Kiri era la del perdón; hacia todos», recuerda todavía mamá Ornella. «Desde niña la guardaba celosamente bajo la almohada, recomendando en toda ocasión que se quedara siempre allí, constantemente a mano, como una compañera inseparable incluso durante el sueño». Palabras de Kiri a los ocho años: «El gran mensaje de Jesús es: paz, amor, alegría. Yo quisiera hacer algo para mejorar el mundo. En mi opinión, si cada uno se esforzara por hacer buenas acciones, el mundo mejoraría».

«Solar, curiosa, vivaz, siempre sonriente, capaz de encontrar lo bello y lo positivo incluso en las cosas más feas y negativas. Era como un día de sol que te alegra»: así describe Kiri a su amiga Stefania, añadiendo que era además muy fuerte, no se rendía nunca y en lo que hacía ponía todo de sí misma. «Cada minuto de su vida era especial y lo vivía con mucho empeño y mucho amor hacia sí misma y hacia los demás». Federica, amiga y compañera de escuela de Kiri desde la guardería, añade: «Siempre alegre, entusiasta, sincera, era sencillamente maravillosa, una amiga verdaderamente única y fiable, constantemente generosa en afecto y en toda clase de atenciones. También en el deporte,

concretamente en el voleibol, que ella, gran y enamorada jugadora como era, contribuyó no poco a hacerme aprender y amar». Y precisamente al voleibol está ligado también el último y dramático tramo de la vida terrenal de Kiri, golpeada por una devastadora e irreversible hemorragia cerebral el 18 de octubre de 2002 y fallecida seis días después, a las 11.45 del 24 de octubre (día de San Antonio), en la unidad de cuidados intensivos del Hospital civil de Sassari. Tenía poco menos de trece años y cursaba tercero de secundaria. Su muerte suscitó dolor, consternación, incredulidad y pesar, tan grandes como extendidos; pero también hizo aflorar, a través de ella y en su recuerdo, un denso y amplio entramado de pensamientos y sentimientos elevados.

En una carta escrita a los padres de Kiri el 25 de octubre, es decir, 24 horas después de su fallecimiento, puede leerse, entre otras cosas: «Soy la mamá de Elisabetta, una compañera de voleibol de Giovanna, y quiero contar el testimonio de mi hija, que la tarde del viernes 18 de octubre compartió los últimos momentos de la vida de vuestra hija. Entrenaron juntas, se lanzaban la pelota la una a la otra y, después de cada tiro o pase acertado, Giovanna hacía volteretas. Elisabetta me ha dicho que la recordará siempre así». En la carta se subraya además: «Es muy cierto que el Señor elige prematuramente a los “hijos especiales”: eligió a Giovanna para que permaneciera, en todos los que la conocieron, el recuerdo luminoso de su joven entusiasmo. Gracias por el don de esta hija que habéis criado con tanta alegría. Gracias por haberla dado a conocer a mi hija. Gracias porque en estos días nos hemos reunido como familia para rezar el Rosario por Giovanna y por vosotros, sus padres. Ahora tenéis un “ángel de la guarda especial” para toda la familia. A nosotros, que compartíamos vuestro inmenso dolor, que nos quede la enseñanza que el Señor ha querido enviarnos mediante la “vuestra maravillosa criatura”».

«Me acuerdo de que Giovanna no era como las demás o, quizá, era como todas las demás juntas», cuenta su amiga y compañera de escuela Maria. «Era una chica muy fuerte y sabía contagiar ese tipo de felicidad difícil de encontrar. Y al mismo tiempo te hacía comprender que, por mal que te vaya a veces la vida, siempre hay alguien dispuesto a ayudarte y a hacerte saber que no estás solo. Tenía algo que te hacía desear ser como ella... Giovì me recuerda, y me sigue recordando, a Pollyanna, un poco por el aspecto físico, pero sobre todo por cómo, con su sonrisa y su simpatía, conseguía encontrar tesoros insospechados en las cosas de cada día. En el mundo hay muchas personas, pero creo que solo pocas son (como lo era Giovanna) verdaderamente especiales, hasta dejar la huella indeleble de su recuerdo infinito».

«Conocí a Giovanna el primer año de secundaria, pero empezamos a tratarnos con asiduidad solo al final del curso, durante el verano, cuando nos hicimos grandes amigas», añade Francesca. «Amábamos ambas la danza: de pequeñas habíamos incluso frecuentado el mismo gimnasio. Un proyecto común para el futuro era estudiar para ser arqueólogas. El antiguo Egipto ejercía en ella un particular atractivo y mucha curiosidad. La admiraba por la espontaneidad de sus gestos», prosigue Maria, «por la sinceridad que mostraba hacia los demás. Era franca. No tenía secretos para nadie, a todos contaba sus relaciones familiares, sus recuerdos de viajes y mucho más. Admiraba su temperamento tan extrovertido. Giovanna me fascinaba, con su carácter me tranquilizaba y me daba mucha confianza. Cuando no estaba, echaba mucho de menos su presencia, la esperaba con impaciencia. Ella, por su parte, demostraba ser una gran amiga en todas las situaciones y me acompañaba también en los momentos más difíciles. Me repetía continuamente que en la vida hay que ser valientes y tener confianza en uno mismo y en los demás. Y esa esperanza y ese valor que ella repartía con tanta generosidad nos invadieron a todos cuando llegó a la escuela la “terrible noticia”: por

increíble que pareciera, nos sentimos unidos, como ella habría querido. Claro que no aceptábamos la idea de no poder volver a verla, pero sentíamos que Giovi entraba en cada uno de nosotros con todo su gran amor por la vida. Y ese valor que ella nos transmitía nos daba serenidad y fuerza para afrontar aquellos momentos que nosotros, tan jóvenes, nunca habíamos conocido, y para seguir amando, a pesar de todo, la vida. Justo como, con gran entusiasmo y sencillez, hizo Giovanna».

relación de particular o profunda amistad». Lo que más me impresionaba era el hecho de que no perdiera nunca la ocasión de conocer gente nueva: siempre y en cada momento. La lista de sus amigos o incluso solo de sus conocidos era (y sigue siendo) cuando menos infinita. Y eso refleja a la verdadera Giovanna, su carácter y su manera de ser. Optimismo, alegría, expansividad, sentido del humor, ganas de divertirse, simpatía (entendida sobre todo en el sentido griego de «ser capaz de comprender los sufrimientos ajenos»): son solo algunas de las cualidades de carácter de Giovanna. De ella he aprendido muchas cosas. Gracias a ella comprendí, antes que nada, que hay que vivir a fondo cada día que se nos regala sin desperdiciarlo. Con su ejemplo y su manera de vivir me enseñó, además, a no dejar nunca de soñar, como si tuviéramos que vivir para siempre... Comprendí cuánto significaba para mí, cuánto la quería y cuánto le quería bien solo cuando la perdí... De ella me quedan los recuerdos y las bellas experiencias: para guardarlas celosamente y para siempre, a pesar de aquella puerta siempre cerrada de cuidados intensivos y de aquella terrible semana de espera febril transcurrida, en una especie de pesadilla, marcada por la duda recurrente, la confusión mental y esperanzas que resultaron, por desgracia, vanas. Es aquella iglesia abarrotada de gente en lágrimas al paso de un pequeño ataúd adornado con muchas flores, de colores pero incapaces de alegrarte, como en cambio hace el recuerdo de quien (como Giovanna) nos ha dejado, pero nunca nos ha abandonado».

«Dios no abandona a sus hijos y ninguna de sus lágrimas se pierde», recuerda el papa Juan Pablo II en una carta enviada, a través de monseñor Gabriele Caccia (de la Secretaría de Estado vaticana), a los familiares de Kiri tras su prematura y dolorosa muerte. El Santo Padre asegura además un recuerdo especial en el Altar en sufragio por el alma de Giovanna.

Por su parte, sor Maria Arcangela, madre abadesa del Monasterio de las Clarisas Capuchinas «Sacra Famiglia» de Sassari, escribió a los padres de Kiri: «Apenas conocimos la gravedad de la enfermedad letal que la había golpeado, velamos y rezamos insistentemente por la curación de su ser querido, esperando un milagro... Ahora la pensamos sumergida en la Luz deslumbrante del Paraíso, donde otras innumerables almas escogidas por el Señor viven absortas en el Encanto de Dios... “El Señor dio y el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor”, dijo Job. Y la pregunta espontánea es siempre la misma», prosigue sor Maria Arcangela, «“Señor, ¿por qué has permitido este inmenso dolor?”. Pues bien, Dios Padre a un papá que había perdido tres hijitos recién nacidos respondió casi con aspereza: “¿Qué sabemos nosotros de los Designios de Dios y de los Misterios de este maravilloso Proyecto salvador de las almas?”. Con este fin», se pregunta la madre abadesa de las monjas capuchinas sasaresas escribiendo a Giovanni y Ornella Di Maria, «¿cuántas almas habrá salvado su hija? ¡Lo veremos, si Dios quiere, un día allá arriba, si somos dignos de alcanzar a Giovanna! Damos gracias por ello al Altísimo, pues en el Cielo se ha encendido otra Estrellita para alabar toda la Creación y con Él a todas las criaturas que en la tierra esperan la resurrección».

De sor Angela, su maestra de primaria, tan querida como temida, Kiri dejó escrito, entre otras cosas: «El primer día de clase estaba muy contenta porque conocía a la maestra... Con el tiempo me encariñé mucho con ella... Incluso a veces le arreglaba el velo o le volvía a poner

en su sitio la cruz de Jesús. Pero después las cosas cambiaron. Si las manos estaban sucias nos hacía probar los golpes de su vara. Yo era su blanco y cuando me regañaba decía que me iría de aquella escuela». Ahora sor Angela es misionera en Madagascar y desde allí hace saber: «He recibido el recuerdo de Giovanna, que llevo siempre en el libro de las oraciones, de modo que todos los días, es más, varias veces al día, pueda verla. Sobre todo en los momentos difíciles, que no pueden faltar, miro a menudo aquella foto y me siento reconfortada y animada por la sonrisa de Giovanna: en cierto modo también ella está participando en mi misión».

Entretanto los padres de Kiri escribieron a los profesores y compañeros de la Escuela Secundaria N. 5 + N. 12 de Sassari, a la que asistía Giovanna, agradeciéndoles todo lo que dieron a su adorada hija y expresándoles el deseo de toda posible serenidad y satisfacción para la vida y los estudios futuros, «ciertos de que en su corazón y en su memoria habrá un lugarcito para quien (como Kiri) les quiso bien al disfrutar de su amistad». Mientras tanto, por iniciativa del director, los profesores, los estudiantes y los padres, nació también dentro de la escuela secundaria a la que asistía Kiri un club polideportivo que lleva su nombre, mientras en el gimnasio campea una gigantografía suya con ropa deportiva. «La idea de hacer nacer el Club Polideportivo “Giovanna Di Maria”», escribió Giuseppe Pagliaro en el semanario diocesano «Libertà», «nace de la voluntad de honrar la memoria de una chica ya integrada en un equipo de voleibol femenino y con la intención de ofrecer a los jóvenes la ocasión de utilizar bien el tiempo libre en el contexto de una tensión educativa que debe dar fruto también fuera del horario y de los ambientes escolares». Giovanna-Giovi-Giò-Kiri está sin duda contenta.

«A Giovanna Di Maria, nuestro Ángel de la Guarda». Así dirigieron una carta abierta los compañeros de Kiri al concluir los tres años de

secundaria, dos de los cuales, o poco más, transcurridos también con ella.

experiencia escolar que nos proyecta hacia el futuro y marca el camino de nuestra vida», se lee al inicio de la carta, «repensamos los días transcurridos, a ti, Giovanna, que nos enseñaste el valor de la vida, sea cual sea, e hiciste crecer en nosotros, fuerte, el sentido de la solidaridad. Estos dones que nos has dejado, tan importantes e inesperados, agudizan la melancolía por tu ausencia y esta tristeza que nos aprisiona, porque todo ocurrió tan precipitadamente que no dejó espacio a la razón ni a la resignación. Los días han pasado y hemos intentado recuperar un poco de serenidad; tú siempre nos has acompañado y el recuerdo de ti nos ha ayudado a superar los momentos difíciles y a concluir unidos nuestro trabajo de estudiantes. Gracias, Giovanna, por habernos estado cerca, por vivir dentro de nosotros», concluyen los compañeros de escuela de Kiri, «tu dulce recuerdo no nos dejará nunca, nos infundirá siempre valor. Gracias, Giovanna, por haber sido una de nosotros».

Dice un poema expresamente dedicado a Kiri-Giovanna: «Nube dorada / espléndida luna / muñeca de fina porcelana / así te dejé en la ermita de antiguos silencios. / Tomada de la mano por el tiempo / perseguías magias / y sueños milenarios / cabalgando inocentes fantasías / y espíritus buenos. / Quién sabe cuántos horizontes / en aquel viaje nunca acabado / y qué maravillas / en tu mundo siempre nuevo. / Quisiera saberlo / pero estás en el infinito / para siempre nube / muñeca y luna».

Versos evocadores tan sentidos como extremadamente cargados de significados y que, en cierta medida, saben incluso a cuento de hadas. Pero bien mirado quizá también «inadecuados». Porque, aunque pueda parecerlo y tener su «sabor», no fue solo un cuento de hadas la vida

breve y particularmente intensa de Giovanna Di Maria. Fue una realidad bella y luminosa, que sigue brillando incluso después de su prematura y dolorosa muerte. Ni siquiera trece años gastados de modo ejemplar, con la mente, la atención y las obras constantemente dirigidas sobre todo en beneficio del prójimo y del más necesitado en particular. Por parte de una niña y de una adolescente, no solo excepcionalmente sensible y virtuosa, sino capaz de ser ejemplo, además de para sus coetáneos, para muchísimos adultos, por no decir para todo el mundo de los llamados «grandes y sabios». Lo demuestran de modo absolutamente indudable los innumerables testimonios (que no son solo los, por otra parte, extremadamente significativos recogidos aquí) sobre la vida, la figura y la obra (sí, también la obra, porque tal ha sido) de Giovanna. Lo confirman el extenso pesar y la profunda y permanente «huella» que esta pequeña-gran criatura de Dios, tan sencilla y «normal» como iluminada y «particular», supo dejar en su breve paso terreno. Hasta el punto de poder decir con razonable certeza, confortados también por San Agustín («Nuestros muertos no son ausentes, sino que viven entre nosotros»), que Kiri vive y vivirá largo tiempo. Es más, para siempre.

Entre sus pensamientos

Soy una niña vivaz: juego, salto, canto, corro y hago muchas otras cosas...

Espléndidos y buenos, mis padres son como dos soles que me brillan alrededor. Estoy orgullosa de ellos y les quiero mucho. Junto con mi hermano Ettore forman la familia más bonita del mundo.

Pelo y ojos negros, mi hermano es guapo, robusto, fuerte y muy alto. También es cariñoso, ordenado y diligente: en casa como en la escuela. ¡Un campeón! Tengo suerte de tener un hermano así.

Mi objeto más querido es el "Pato Donald": fue mi primer muñeco, me lo regalaron al nacer, siempre he dormido con él y no sé cuándo, ni si dejaré de hacerlo.

Quiero estar con mis amigos: cuando los veo estoy contenta, cuando estoy con ellos no tengo miedo, y si hace tiempo que no los veo los busco. A los amigos les pido ayuda cuando la necesito, los escucho y les hago partícipes de mis alegrías y de mis tristezas.

Lo más importante en la oración cristiana es hablar con Dios como con un amigo, estar delante de él con el corazón, darle gratitud y amor por lo que nos da, pedirle su ayuda tal como se hace con un amigo. Para los cristianos, Jesús es el amigo más grande.

Mi poema para Jesús: "Tú eres alegría y amor / y nos quitas el dolor / yo te amo cada vez más / y Tú me amas cada vez más. / Hola, mi buen Jesús".

El silencio de Jesús ante los sumos sacerdotes me ha hecho comprender que no quiso defenderse, aceptando ser condenado a muerte por nuestra salvación.

Me siento generosa cuando doy algo mío que me importa a alguien que lo necesita. Un día que estaba en el garaje con mi padre vi una bolsa llena de juguetes a los que tenía mucho cariño: pensando en otros niños que no tienen nada, decidí regalárselos.

Mi profesor ideal, ante todo, debería llevarse bien con los alumnos, explicar de la manera correcta y hacernos entender las cosas. Además debería ser alegre, simpático y paciente, pero también decidido y que nunca se rinde, igual que yo. No debería amenazar con mandarnos al director solo porque mascamos un chicle ni, como hacen algunos profesores, cotillear sobre los alumnos o hacerles sentir culpables por algo que no han hecho...

Ica es una conserje muy amable, atenta y siempre dispuesta a ayudar al prójimo: su manera de hacer me gusta mucho.

Silvia Melis ha sido liberada. La alegría ha vuelto al rostro de los sardos, una hermana nuestra ha recuperado la libertad que le habían quitado con violencia. Ahora estamos todos contentos.

El once de septiembre de 2001 en América estalló la guerra... Dos aviones fueron secuestrados y se estrellaron contra las torres gemelas, símbolo de América... Los escombros caían en picado, algunas personas se tiraban por las ventanas... Los muertos son más de cinco mil... Me sentí hundida y muy triste.

Querido Jesús, te escribo porque en primer lugar te quiero y además porque solo tú puedes conceder este deseo mío. Quisiera, por favor, que dieras un poco de sensatez a los hombres que han desatado esta guerra pensando solo en sus intereses personales. Quisiera por eso que se convirtieran en portavoces de valores como el amor, la paz y la fraternidad. En el fondo siempre nos has enseñado: ama a tu prójimo como a ti mismo.

He comprendido que en la vida no solo se puede reír y hacer fiestas, también se pueden pasar días tristes y disgustos porque puede morir alguien que tenemos cerca: los dolores nos hacen crecer sanos y fuertes.

Si en la vida hay tantas diferencias entre ricos, acomodados y pobres, no es bueno que las mismas se repitan también después de la muerte, porque delante de Dios todos somos iguales. Quisiera, por tanto, que en el nuevo cementerio de Sácer se cuidara el decoro sin demasiados lujos. El alcalde, además, debería ayudar a los pobres y a quienes no pueden pagar para descansar en paz a tener un lugar de sepultura digno e igual al de los demás, asumiendo los gastos correspondientes.

No quisiera oír llorar nunca a nadie, quisiera ver en todas las bocas la sonrisa, la esperanza en cada hombre, quisiera tener a cada hermano por amigo, en la alegría y en el dolor. Amar la vida con un mismo corazón. Quisiera que todos los hombres fueran generosos.

Destellos de una madre

Giovanna fue siempre una niña muy servicial, dispuesta a hacer todo lo que le pidiera. Era ordenada, llena de iniciativa y me ayudaba mucho. Tenía un carácter muy vivaz, exuberante y alegre: nunca la vi triste o de mal humor, salvo con ocasión de la muerte de su adorado abuelo paterno...

De vez en cuando, desde pequeña, sentía la necesidad de dormir en el suelo rechazando incluso la almohada. Y a menudo por la mañana la encontraba así. Me decía que dormir de aquel modo le sentaba bien porque otros lo hacían, pero por necesidad, por falta de alternativas.

Un día me dijo que no era justo que yo le comprara demasiadas cosas porque en el mundo había niños que no tenían nada. Se conformaba con una ropa sencilla y no se dejaba condicionar por modas o marcas; le encantaba ir descalza.

Cuando supo de una niña enferma de tumor, quiso enviarle enseguida libros y vídeos de dibujos animados. Habría querido también conocerla, pero por desgracia no hubo tiempo... Otra vez se hizo preparar unos CD por su hermano Ettore y destinó todo lo recaudado con la venta al comedor de los pobres del Centro vicenciano de acogida social.

Quería donar sangre para darla a quien la necesitara. Y cuando, todavía pequeña, tuvo necesidad de hacerse análisis clínicos, pidió con ingenio a la enfermería que le sacaran más de lo necesario para destinarlo, fingiendo que ya tenía dieciocho años, a los enfermos necesitados.

A menudo me hablaba de la vida después de la muerte, no tenía miedo y un día me dijo: «Mamá, si yo tuviera que morir no te preocupes, tienes a Ettore y debes estar serena... Si el Señor me quiere, yo estoy

preparada». Me decía que quería ir al cielo y desde allí ver a las personas que tenían necesidad para poder ayudarlas.

Una mañana, apenas despierta, me contó que antes de dormirse había recibido la visita de un ángel, todo blanco y con grandes alas. «Me tomó en brazos – dijo – me hizo dar la vuelta a la casa, entrando en todas las habitaciones, y luego me volvió a poner en la cama». Le observé que quizá había soñado; respondió que no se había tratado de un sueño, sino de pura realidad.

Dos semanas antes de ponerse mala, Giovanna quiso rezar por su tía, gravemente enferma. Lo hizo en casa rezando el Rosario ante una estatua de la Virgen. Dos días después de su muerte una sobrina pequeña contó que, de noche, la Virgen (bellísima y acompañada de los ángeles) había entrado en su habitación diciéndole que la tía Giovanna “estaba en el cielo y trabajaba para reconstruir la Iglesia derrumbada”.

Otros la recuerdan

Un día en la escuela, después de terminar la oración, oímos llamar: era Giovanna y tenía en la mano un sobre grande. Sor Angela, con mano temblorosa, abrió el paquete: había un cuadro y, cuando lo vio, poco faltó para que se le cayeran las lágrimas, de tan bonito que era. Para tenerlo siempre ante los ojos lo colgó enseguida en la pared, junto al cuadro del Padre Manzella. El cuadro representaba a la Virgen con el Niño Jesús en brazos, que tenía en la mano una rama de olivo. Era tan bonito que nos preguntamos cómo hacía Giovanna para dibujar tan bien. (Los alumnos del tercer curso de primaria “Padre Manzella”)

A los nueve años Giovanna me contó que había visto a la Virgen a los pies de su cama y que había hablado con Ella, como otras veces. Me la describió alta, delgada, dulce, de rostro delicado, cubierta por un velo celeste y con el Niño Jesús en brazos... (Federica)

En junio de 2002 Giovanna me dijo que moriría joven. Intenté convencerla, sin lograrlo, de que era un pensamiento destinado a pasar con la edad... (Stefania)

Estaba segura de que moriría joven, pero decía que no tenía miedo y que estaba preparada... (Silvana)

Tengo delante su fotografía: no la conocía, pero esa mirada, esa expresión que recuerda el umbral de la infancia recién cruzado y a la vez curiosa de un mundo desconocido que se abre delante, me producen un dolor muy grande de nostalgia... (Toti)

Querida Giovanna, qué privilegio te ha concedido el Señor lo descubriremos en el tiempo de nuestra vida. Pero una cosa es cierta: el corazón de quienes oyen hablar de ti queda enseguida invadido de alegría hasta el punto de percibir y hacer percibir tu presencia viva. Con

la oración, Giovanna, tú nos guías y nos pides que nos acerquemos a Jesús, porque te has convertido en su apóstol y ángel consolador de quien reza ante Jesús Sacramentado, rico en misericordia... (Grazia)

Has sido más resplandeciente que el sol, la estrella más brillante del sol. Quien ha tenido el placer de conocerte ha podido apreciar tu inteligencia, tu vitalidad, tu afectuosidad acompañada siempre de una espléndida sonrisa. Por eso permanecerás siempre en nuestros ojos, pero sobre todo en nuestro corazón. Podremos contar con tener cerca un ángel muy especial. (Annamaria)

Giovanna es el ángel que nos acompañará a todas partes... (Angela)

Agradecimientos

La familia Di Maria-Loriga agradece a cuantos, en el cariñoso recuerdo de Giovanna, han contribuido a la realización de esta publicación, signo tangible de un gran amor mutuo.

Un agradecimiento especial al periodista y escritor Paolo Sanna, amigo fraterno, importante punto de referencia y generoso curador de la obra.

Y gracias al buen Dios que hace que “Kiri” esté siempre con nosotros y no solo con nosotros.